

el P. Francisco Javier, sino el P. Bobadilla, y por ser de priesa la partida, parece que acaso le sustituyeron en su lugar: y no fue acaso, sino por alto consejo de Dios, que habia determinado hacerle apóstol de aquellas partes. Y mas, despues que vinieron á Portugal, viendo el gran fruto que hacian allí, los quisieron detener; y últimamente se resolvieron á que se quedase allí el uno de ellos, y que el otro pasase á las Indias. Ved aquí vuelto á poner el negocio en contingencia; pero acerca de Dios no hay contingencia: al fin hubo de ser el P. Francisco Javier el que pasó á las Indias; porque esa era la voluntad de Dios, y así lo habia él determinado, por convenir así para el bien de aquellas almas y mayor gloria suya. Tracen los hombres lo que quisieren, y llévenlo por la via que mandaren, que eso tomará Dios por medio para cumplir sus trazas, y hacer lo que mas os conviene á vos, y á su mayor gloria.

Con estos y otros semejantes ejemplos, así de la sagrada Escritura, como de lo que cada dia vemos y experimentamos, así en otros, como en nosotros mismos, habemos de ir asentando é imprimiendo en nuestro corazon esta confianza mediante la oracion y consideracion. Y no habemos de parar en este ejercicio, hasta que sintamos en nuestro corazon una muy familiar y filial confianza en

Dios: y tened por cierto que mientras con mayor confianza os arrojáreis en Dios, mas seguro estaréis; y por el contrario, hasta que llegueis á tener esta confianza filial, nunca tendréis verdadera paz y reposo de corazon, porque sin ella todas las cosas os turbarán y desmayarán. Pues acabemos de arrojarlos y ponernos del todo en las manos de Dios, y fiarnos de él, como nos lo aconseja el apóstol san Pedro: *Omnes sollicitudinem vestram projicientes in eum; quoniam ipsi cura est de vobis*, I Petr. v; y el Profeta en el salmo LIV: *Jacta super Dominum curam tuam, et ipse te enutriet*. Vos, Señor, me amásteis tanto á mí, que os entregásteis todo por mí, en manos de crueles sayones, para que hiciesen en Vos lo que quisiesen: *Jesum vero tradidit voluntati eorum*. Luc. XXIII. ¿Qué mucho que yo me ponga y entregue todo en manos, no crueles, sino tan piadosas como las vuestras, para que hagais de mí lo que quisiéreis, que estoy cierto que no será sino lo mejor y lo que mas me conviene á mí? Aceptemos aquel partido y concierto que hizo Cristo nuestro Señor con santa Catalina de Sena. Hacia el Señor muchos regalos y favores á esta Santa, y entre ellos fue uno muy particular, que apareciéndole un dia le dijo: *Filia, cogita tu de me; et ego cogitabo continenter de te*: Hija, olvídate tú de tí, para acordarte de mí; y yo pensaré siempre en tí, y tendré cuidado de tí. ¡Oh qué buen con-

cierto este, y qué buen trueque! ¡Qué ganancia tan grande seria esta para nuestras almas! Pues á este partido sale el Señor con cada uno. Olvidaos de vos, y dejad vuestras trazas; cuanto mas os olvidáreis de vos, por acordaros y fiaros de Dios, tanto mas cuidará Dios de vos. Pues ¿quién no aceptará este partido tan aventajado y tan regalado, que es el que la esposa dice, que habia hecho con su esposo? *Ego dilecto meo, et ad me conversio ejus*. Cant. VII.

CAPÍTULO XII.

De cuánto provecho y perfeccion sea aplicar la oracion á este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios; y cómo habemos de ir descendiendo á cosas particulares, hasta llegar al tercer grado de conformidad.

Juan Rusbroquio (1), varon doctísimo y muy espiritual, refiere de una santa vírgen, que dando ella cuenta de su oracion á su confesor y padre espiritual, que debia ser gran siervo de Dios y de mucha oracion; y queriendo ser enseñada de él, le dijo que su ejercicio en la oracion era en la vida y pasion de Cristo nuestro Señor, y lo que sacaba de ella, era conocimiento de sí, y de sus vicios y pasiones, y dolor y compasion de los dolores y trabajos de Cris-

(1) Rusbroq. in fin. operum suorum.

to. Dijo le el confesor, que bueno era aquello; pero que sin mucha virtud podia uno sacar compasion y ternura de la pasion de Cristo, como acá por solo el amor y afecto natural, que uno tiene á su amigo, puede sacar compasion de sus trabajos. Preguntóle la vírgen: ¿Y llorar una persona sus pecados cada dia será verdadera devocion? Respondióle: Bueno es eso, pero no es lo mas aventajado; porque lo malo naturalmente da pesadumbre. Tornó ella á preguntar: ¿Seria verdadera devocion pensar en las penas del infierno, y en la gloria de los bienaventurados? Respondió: Tampoco es eso lo mas subido; porque la naturaleza misma naturalmente aborrece y rehusa lo que le da pena, y ama y busca lo que le puede ser de contento y gloria; como si le pintasen una ciudad llena de placeres y contentos, la desearia. La santa vírgen fué con esto muy desconsolada y llorosa, por no saber á qué aplicaria su ejercicio de oracion, que mas agradase á Dios; y de allí á poco aparecióle un niño muy hermoso, al cual diciéndole ella su desconsuelo, y que nadie parecia que la podia consolar, respondió el niño, que no dijese aquello, que él podia y queria consolarla. Vé, dice, á tu padre espiritual, y dile que la verdadera devocion consiste en la abnegacion y menosprecio propio y resignacion entera en las manos de Dios, así en lo adverso, como

en lo próspero, uniéndose firmemente con Dios por amor, y conformando enteramente su voluntad con la voluntad de Dios en todas las cosas. Ella muy alegre fué, y dijo esto á su padre espiritual, el cual respondió: Ahí está el punto, y á eso se ha de aplicar la oracion; porque en eso consiste la verdadera caridad y amor de Dios, y consiguientemente nuestro aprovechamiento y perfeccion. De otra Santa dice, que fue enseñada de Dios, que en la oracion del *Pater noster* insistiese mucho en aquella palabra: Hágase, Señor, tu voluntad, así en la tierra, como se hace en el cielo. Y de la santa virgen Gertrudis se cuenta (1), que inspirada de Dios dijo una vez trescientas sesenta y cinco veces aquellas palabras de Cristo: No se haga, Señor, mi voluntad, sino la tuya; y entendió que habia agradaado aquello mucho á Dios. Pues imitemos nosotros estos ejemplos, y apliquemos á esto nuestra oracion, é insistamos mucho en este ejercicio.

Para que podamos hacer esto mejor y con mas provecho, es menester advertir y presuponer dos cosas: la primera, que la necesidad de este ejercicio es principalmente para el tiempo de las adversidades, y para cuando se nos ofrecen cosas dificultosas y contrarias á nuestra carne; porque para esas ocasiones es mas menester la virtud, y entonces se echa mas

(1) Refert Blossius, cap. 11 Mon. spirit.

de ver el amor que cada uno tiene á Dios: así como al tiempo de paz muestra el rey lo que quiere á sus soldados en las mercedes que les hace, y ellos en el de guerra lo que le aman y estiman, peleando y muriendo por él; así en el tiempo de consuelo y favor, el Rey del cielo nos da á entender lo que nos quiere, y nosotros en el de la tribulacion lo que le queremos, mucho mas que en el de la prosperidad y consuelo. Dice muy bien el P. M. Ávila (1), que el dar gracias á Dios en el tiempo de las consolaciones, es de todos; pero el dárselas en el tiempo de las tribulaciones y adversidades, es propio de los buenos y perfectos; y así es esa una música muy dulce y suave á los oidos de Dios. Mas vale, dice, en las adversidades un gracias á Dios, un bendito sea Dios, que seis mil gracias y bendiciones en prosperidades; y así compara la Escritura divinos justos al carbunco: *Gemula carbunculi in ornamento auri*, Eccli. xxii; porque esta piedra preciosa da mas claridad y resplandor de noche que de dia: así el justo y verdadero siervo de Dios, mas luce y resplandece, y mas muestras da de sí en las tribulaciones y trabajos, que en la prosperidad. Esto es de lo que la sagrada Escritura alaba tanto al santo Tobías; porque habiendo el Señor permitido, que despues de otros muchos trabajos perdiese tambien la vista de los

(1) P. M. Ávila, tom. 2 Epist. fol. 20.

ojos, no se entristeció por eso contra Dios, ni perdió un punto de la fidelidad y obediencia que antes tenia, sino permaneció inmóvil y entero, haciendo gracias á Dios todos los dias de su vida, igualmente por la ceguedad, como por la vista, como hizo tambien el santo Job en sus trabajos.

Esto, dice san Agustin (1), es lo que habemos de procurar imitar nosotros: *Ut cunctis idem sit tam in prosperis, quam in adversis*: Que seais el mismo, y permanezcais tan alegre y entero en el tiempo de las adversidades, como en el de las prosperidades. *Sicut manus, quæ eadem est, et cum in palmum extenditur, et cum in pugnum contrahitur*: Como la mano es la misma, cuando está apretada y teneis cerrado el puño, que cuando la abris y teneis extendida; así el siervo de Dios en lo interior de su alma se ha de quedar el mismo, aunque en lo exterior y por de fuera aparezca que está apretado y dolorido. Aun allá se dice de Sócrates (2), que siempre estaba en un ser en todos los casos que le acontecian, por adversos y diversos que fuesen, y que nunca nadie le vió por eso ni mas triste, ni mas alegre: *Nec hilariorum quisquam, nec tristiorum Socratem vidit; æqualis fuit in tanta inæqualitate fortunæ usque ad extremum vite*. No será mucho que nosotros cristianos y religiosos procuremos

(1) August. ad frat. in erem. serm. 4.

(2) Refert Cicer. lib. 13 Tuscul. quæst.

llegar en esto á lo que llegó un gentil.

Lo segundo, es menester advertir, que no basta que tengamos en general esta conformidad con la voluntad de Dios, porque eso así en general es fácil. ¿Quién habrá que no diga, que quiere se cumpla la voluntad de Dios en todas las cosas? Malos y buenos, todos dicen cada dia en la oracion del *Pater noster*: Hágase, Señor, vuestra voluntad, así en la tierra, como se hace en el cielo: mas es menester que eso; es menester desmenuzarlo, descendiendo en particular á aquellas cosas que parece que nos podrian dar alguna pena, si se nos ofreciesen, y no habemos de parar hasta vencer y allanar todas esas dificultades, que no quede, como dicen, lanza enhiesta. Finalmente, hasta que no haya cosa que se nos ponga delante para unirnos y conformarnos en todo con la voluntad de Dios, sino que hagamos rostro á cualquiera cosa que se nos pueda ofrecer.

Y aun no nos habemos de contentar con eso, sino procurar pasar adelante, y no parar hasta que hallemos un entrañable gusto y regocijo en que se cumpla en nosotros la voluntad de Dios, aunque sea con trabajos, dolores y menosprecios, que es el tercer grado de conformidad; porque tambien en esto hay diversos grados, uno mas alto y mas perfecto que otro, los cuales se pueden reducir á tres principales, al modo

que dicen los Santos de la virtud de la paciencia. El primero es, cuando las cosas de pena que suceden, el hombre no las desea ni las ama, antes las huye; pero quiere sufrirlas antes que hacer cosa alguna de pecado por huirlas. Este es el grado mas ínfimo, y de precepto; de manera que aunque un hombre sienta pena, dolor y tristeza con los males que suceden, y aunque gima cuando está enfermo, y dé gritos con la vehemencia de los dolores, y aunque llore por la muerte de los parientes, puede con todo eso tener esta conformidad con la voluntad de Dios. El segundo grado es, cuando el hombre, aunque no desee los males que le suceden, ni los elija, pero despues de venidos los acepta y sufre de buena gana, por ser aquella la voluntad y beneplácito de Dios: de manera que añade este grado al primero tener alguna buena voluntad y algun amor á la pena por Dios, y el quererla sufrir, no solamente mientras está obligado de precepto á sufrirla, sino tambien mientras el sufrirla fuere mas agradable á Dios. El primer grado lleva las cosas con paciencia; este segundo añade el llevarlas con prontitud y facilidad. El tercero es, cuando el siervo de Dios, por el grande amor que tiene al Señor, no solamente sufre y acepta de buena gana las penas y trabajos que le envia, sino los desea y se alegra mucho con ellos, por ser aquella la voluntad

de Dios, como dice san Lucas de los Apóstoles: *Ibant gaudentes à conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pronomine Jesu contumeliam pati.* Actor. LIV. Despues de haberlos azotado con infamia pública, iban muy gozosos y regocijados, porque habian sido dignos de padecer afrentas por Cristo. Y el apóstol san Pablo, ad Cor. VII, decia: *Repletus sum consolatione, superabundo gaudio in omni tribulatione nostra:* Estaba lleno de consuelo, y dice que rebotaba en gozo y alegría en medio de las cadenas, tribulaciones y adversidades; y esto es de lo que el mismo escribiendo á los hebreos en el cap. x los alaba diciendo: *Et rapinam bonorum vestrorum cum gaudio suscepistis, cognoscentes, vos habere meliorem, et manentem substantiam.* Pues aquí habemos de procurar llegar nosotros con la gracia del Señor, que llevemos con gozo y alegría todas las tribulaciones y adversidades que nos vinieren, como nos lo dice tambien el apóstol Santiago en su Cánónica: *Omne gaudium existimate, fratres mei, cum in tentationes varias incideritis.* Hanos de ser cosa tan preciada y tan dulce la voluntad y contentamiento de Dios, que con esta salsa endulcemos todo lo amargo que nos viniere. Todos los trabajos y sinsabores del mundo se nos han de hacer dulces y sabrosos, por ser esa la voluntad y contento de Dios; y esto es lo que dice san Gregorio: *Si mens*

in Deum forti intentione dirigitur, quidquid sibi in hac vita amarum fit, dulce aestimat; omne quod affligit, requiem putat; transire et per mortem appetit, ut obtinere plenius vitam possit. Lib. 2 Mor. cap. 7.

Santa Catalina de Sena, en un diálogo que escribió de la consumada perfeccion del cristiano, dice, que entre otras cosas que su dulcísimo esposo Cristo nuestro Señor le habia enseñado, fue que hiciese uno como aposento de una fuerte bóveda, que era la divina voluntad, y se encerrase y morase perpetuamente en él, y no sacase de él jamás ni ojo, ni pié, ni mano, sino que siempre estuviese recogida en él, como la abeja cuando está en su corcho, y como la perla en su concha: porque aunque al principio por ventura le pareceria aquel aposento estrecho y angosto, despues hallaria en él grandes anchuras, y sin salir de él pasaria por las moradas eternas, y alcanzaria en poco tiempo lo que fuera de él no se puede alcanzar en mucho. Pues hagámoslo nosotros así, y sea este nuestro continuo ejercicio: *Dilectus meus mihi, et ego illi.* Cant. II. Mi amado para mí, y yo para él. En solas estas dos palabras hay ejercicio para toda la vida; y así las habemos de traer siempre en la boca y en el corazón.

CAPÍTULO XIII.

De la indiferencia y conformidad con la voluntad de Dios que ha de tener el religioso, para ir y estar en cualquier parte del mundo donde la obediencia le enviare.

Para que nos podamos aprovechar mejor de este ejercicio en la conformidad con la voluntad de Dios, y poner en práctica lo que habemos dicho, irémos especificando algunas cosas principales, en que nos habemos de ejercitar; despues descenderémos á otras cosas generales, que pertenecen á todos. Ahora comenzaremos por algunas particulares que tenemos en nuestras Constituciones, pues en esas particularmente es razon que muestre el religioso su virtud y religion, y cada uno podrá aplicar la doctrina á otras cosas semejantes que haya en su religion ó estado.

En la séptima parte de las Constituciones, capítulo 1, § 1, tratando nuestro santo Padre de las misiones, que es una de las principales empresas de nuestro instituto, dice, que los de la Compañía han de estar indiferentes para ir y residir en cualquier parte del mundo donde la obediencia los enviare, ahora sea entre fieles ó infieles, á las Indias, ó entre herejes (1); y de es-

(1) Cap. 2 exam. § 5; et 5 part. Constit. cap. 3, § 3; et Constit. part. 6, cap. 2, § 13; et ibid. et part. 7, cap. 1, § 3; et F, 7 part. Constit. cap. 1, § 1 et B.

to hacen los profesos el cuarto voto solemne de especial obediencia al Sumo Pontífice, que irán pronta y liberalmente, sin excusa alguna, á cualquier parte del mundo donde Su Santidad los enviare, sin pedir cosa alguna temporal, ni por sí, ni por otra persona, ni para el camino, ni para estar allá, sino que irán á pié ó á caballo, con dineros ó sin ellos, pidiendo limosna, como á Su Santidad mejor le pareciere. Y dice allí nuestro Padre que el fin é intencion de hacer este voto fue para acertar mejor con la voluntad de Dios: porque como aquellos Padres primeros de la Compañía fuesen de diversas provincias y reinos, y no supiesen en qué partes del mundo agrada-rian mas á Dios, si entre fieles ó infieles, por acertar con la voluntad de Dios, hicieron aquel voto al Vicario de Cristo, para que él los distribuyese por ese mundo, donde juzgase ser mayor gloria divina. Pero el de la Compañía, dice, en ninguna manera se ha de entremeter, ni procurar estar ni ir á un lugar mas que á otro, sino ha de estar muy indiferente, dejando la disposición de sí libre y enteramente en manos del superior que en lugar de Dios le gobierna, para mayor servicio y gloria suya.

Para que se vea cuán indiferentes y preparados quiere nuestro santo Padre que estemos para ir á cualquier parte del mundo que la obediencia nos enviare, leemos en el li-

bro 5, capítulo 4 de su vida, que una vez el P. Diego Laynez le dijo, que le venia deseo de ir á las Indias á procurar la salud de aquella ciega gentilidad, que perecia por falta de obreros evangélicos. Respondióle nuestro santo Padre: Yo no deseo nada de eso. Preguntada la causa, dijo: Porque habiendo nosotros hecho voto de obediencia al Sumo Pontífice, para que á su voluntad nos envíe á cualquier parte del mundo en servicio del Señor, habemos de estar indiferentes: de manera que no nos inclinemos mas á una parte que á otra; antes, dice, si yo me viesse inclinado como vos á ir á las Indias, procuraria inclinarme á la parte contraria, para venir á tener aquella igualdad é indiferencia, que para alcanzar la perfeccion de la obediencia es necesaria.

No queremos por esto decir que sean malos ó imperfectos los deseos de ir á Indias, que no son sino muy buenos y santos; y tambien es bueno el ponerlos y representarlos al superior, cuando Nuestro Señor los da; y así lo dice allí nuestro santo Padre. Huélguen-se los superiores, que los súbditos les representen estos deseos, porque suelen ser señal que Dios los llama para aquello, y así se hacen las cosas con suavidad; sino decimos esto, para que se vea la indiferencia y prontitud con que quiere nuestro santo Padre que estemos para ir y estar en cualquier parte del mundo; pues á una cosa tan trabajosa y de

tanto servicio de Nuestro Señor aun no quiere que estemos aficionados; porque esta afición y deseo particular no nos quite é impida la indiferencia y prontitud con que siempre habemos de estar para cualquier otra cosa, y para cualquier otra parte, donde la obediencia nos quisiere enviar.

De aquí se siguen algunas cosas, con que se entenderá esto mejor. Lo primero, que si los deseos de ir á Indias le fuesen causa, al que los tiene, de perder algo de esta indiferencia y prontitud para otras cosas que la obediencia le ordenase, no serian buenos, sino imperfectos. Si yo tuviese tanta gana y deseo de ir á las Indias ó á otra parte, que eso me inquietase, y me fuese causa de no estar tan contento aquí ó en otro lugar, donde quiere la obediencia que esté, ó de no tomar los ministerios presentes, en que ahora me ocupo, tan de buena gana, ni con tanta aplicación por tener puestos los ojos y el corazón en ese otro; claro está que esos deseos no serán buenos, ni de Dios, pues impiden su voluntad, y Dios no puede ser contrario á sí mismo: especialmente, que los deseos é inspiraciones del Espíritu Santo no suelen traer consigo inquietud ni desasosiego, sino mucha paz y tranquilidad; y esta es una de las señales, que ponen los maestros de la vida espiritual, para conocer si las inspiraciones y deseos son de Dios, ó no.

Lo segundo, se sigue de aquí,

que el que tiene una disposición universal, pronta é indiferente para ir á cualquier parte del mundo, y hacer cualquier cosa que la obediencia le mandare, aunque no tenga aquellos particulares deseos é inclinación de ir á las Indias, ni á otras partes remotas que otros tienen, no tiene que tener pena de eso; porque no es por eso de peor condición, sino antes de mejor; porque esa es la disposición que nuestro santo Padre quiere que tengamos todos en la Compañía, que cuanto es de nuestra parte no tengamos deseo ni afición particular mas á esto que á aquello, sino que estemos como el fiel del peso, sin inclinarse mas á una parte que á otra; y de estos hay muchos, y creo que los mas. Trataba una vez nuestro santo Padre de enviar al Padre maestro Nadal á cierta misión, y quiso primero saber á qué se inclinaba, para hacerlo con mas suavidad. Respondió el P. Nadal por escrito, que á ninguna cosa se inclinaba, sino á no inclinarse. Esto tiene nuestro santo Padre por mejor y mas perfecto; y con razón, porque el otro parece que se ata á una cosa sola, pero este con su indiferencia abraza todas las cosas que le pueden mandar, é igualmente está dispuesto y ofrecido á todas ellas; y como Dios mira el corazón y voluntad de cada uno, y la reputa por obra, delante de él es como si ya todo lo hubiese puesto por obra.

Y para que acabemos de decla-

rar esto, digo, que si uno de cobarde y pusilánime é inmortificado, no tiene esos deseos de Indias, por no tener brio ni ánimo para dejar las comodidades que le parece que tiene ó podrá tener acá, ni para padecer los trabajos grandes que allá se pasan; esa será imperfeccion y amor propio; pero el que no deja de desear esto de cobarde, ni porque le falten deseos y ánimo para padecer esos y otros trabajos mayores por amor de Dios, y por la salud de las almas, sino porque no sabe si es aquella la voluntad de Dios, ó si quiere de él otra cosa; mas él de su parte está tan pronto y dispuesto para eso, y para todo lo que entendiere ser voluntad de Dios, que si le enviaren á las Indias, ó á Inglaterra, ó á otra cualquier parte, irá tan de buena gana, como si él lo hubiera deseado y pedido, y aun por ventura de mejor, por estar mas seguro que no hace en aquello su voluntad, sino puramente la voluntad de Dios; eso no hay duda sino que es mucho mejor y mas perfecto: y así á los que tienen esta disposicion é indiferencia envian tambien los superiores de buena gana á las Indias.

Pero volviendo á nuestro punto principal (1), quiere nuestro santo Padre que tengamos todos tanta indiferencia y resignacion para estar tan de buena gana en una parte co-

(1) Cap. 2, lit. L, 7 part. Constit.

mo en otra, y en una provincia, como en otra, que ni aun el respecto de la salud corporal baste para quitarnos esta indiferencia. Dice en la tercera parte de las Constituciones, que es propio de nuestra vocacion é instituto discurrir por diversas partes del mundo, y estar donde se espera mayor servicio de Dios, y mayor ayuda de las almas; mas si por experiencia se hallase, que á alguno le hace daño el cielo de alguna region, y se viese que continuamente le iba allí mal de salud, que el superior considere si conviene que aquel tal vaya á otra parte, donde hallándose mejor de salud pueda emplearse mas en servicio de Dios y de las almas; pero dice, que el enfermo no ha de pedir esa mudanza, ni aun mostrar inclinacion á ella, sino que ha de dejar todo ese cuidado al superior: *Non tamen erit ipsius infirmi hujusmodi mutationem postulare, nec animi propensionem ad eam ostendere, sed superioris curæ id relinquetur.* No nos pide nuestro santo Padre poco en esto, sino mucho; porque menester es que esté uno bien indiferente y mortificado, para no solamente no pedir, pero ni aun mostrar inclinacion á mudanza, yéndole allí mal de salud continuamente: de manera que en lo que toca ir á las Indias, ó á tierra de herejes, bien puede uno proponer su inclinacion y deseo, como dijimos, aunque con indiferencia y resignacion; pero en esto no da licencia, ni para que

pidamudamente, ni para que muestre inclinacion y deseo de ella, que es mucho mas: solamente da licencia para que si se siente enfermo proponga al superior su enfermedad é indisposicion, y la inhabilidad que siente para los ministerios; y de eso tenemos regla, que lo propongamos. Empero propuesto eso, no tiene mas que hacer el súbdito: el superior verá si, puesto eso, convendrá enviarle á otra parte, donde pueda hacer mas estando mejor, ó si será mayor gloria divina que se esté ahí, aunque haga menos, ó aunque no haga nada. Eso no está á su cargo: déjese cada uno guiar del superior, que en lugar de Dios lo gobierna, y tenga por mejor y por mayor servicio divino lo que él ordenare. ¿Cuántos están en esas tierras, ó en otras mas contrarias á la salud, porque tienen allí de comer? ¿Cuántos pasan la mar, y van á las Indias, á Roma y Constantinopla por un poco de hacienda, y ponen á peligro no solo la salud, sino la vida? Pues no será mucho que nosotros, siendo religiosos, hagamos por Dios y por la obediencia lo que hacen los del mundo por el dinero. Y si se os ofreciere que en otra parte pudiérais hacer algo, y aun mucho, y que ahí donde estais os va tan mal de salud que no podeis hacer nada; acordaos que con todo eso es mejor estar ahí por voluntad de Dios no haciendo nada, que en otro cabo por vuestra voluntad, aunque hi-

ciéseis mucho; y conformaos con la voluntad de Dios, que quiere ahora eso de vos por lo que él sabe, y no es menester que vos lo sepais.

En la part. 1, l. 7, cap. 5 de las Crónicas de la Orden del Padre san Francisco se cuenta del santo Fr. Gil, que habiéndole dado el bienaventurado san Francisco licencia para ir donde quisiese, y vivir en la provincia y casa que á él mas le gustase, dejando esto á su eleccion, por ser muy grande su virtud y santidad; apenas habia pasado cuatro dias con aquella licencia, cuando echó menos la tranquilidad y quietud pasada, y sintió la inquietud y desasosiego que con aquello tenia su alma; y así se fué á san Francisco pidiéndole con mucha instancia le señalase lugar y casa donde viviese, y no dejase esto á su eleccion, certificándole que en esta libre y larga obediencia no podia quietarse ni sosegar su alma. Los buenos religiosos no hallan paz ni contento en el cumplimiento de su voluntad; y así no desean esta ó aquella casa ó lugar, sino que la obediencia les ponga de su mano donde quisiere; porque aquella entienden que es la voluntad de Dios, en la cual solamente hallan descanso y contento.